

IRENE ROMERA PINTOR

Giraldi Cinthio en su Carteggio: «cum omnibus omnium horarum homo»

Through the analysis of Giraldi's public and private correspondence, this study shows how the depiction applied by Erasmus to Thomas More ("a man for everyone and for all seasons") is proved appropriate to reveal Giraldi's true nature. Thus, in his correspondence, Giraldi unveils his moral rectitude, in good times as well as in bad, not only towards his own family, friends and foes, but also towards the Dukes of Ferrara.

Un hombre para todas las horas

Si bien es cierto, como dijo el cardenal Newman, que «la vida de un hombre está en sus cartas», conviene distinguir entre las cartas escritas en el quehacer diario de la vida pública de Giambattista Giraldi Cinthio en calidad de alto funcionario de la Corte estense, y aquellas escritas por él mismo en calidad de titular de una Cátedra en la Universidad de Ferrara, así como las que se refieren a su férvida actividad literaria¹ y también las más personales dirigidas a amigos que conciernen su ámbito estrictamente privado.

Aunque el corpus epistolario que nos ha llegado de Giraldi no sea de los más importantes, es sin embargo lo suficientemente nutrido e interesante como para que pueda surgir ante nosotros – en el ejercicio de un atento "intus legere" – la figura de un hombre entrañable que con coraje, sensibilidad y enorme generosidad supo entregarse a los demás. Cuando Erasmo, en una carta dirigida en 1521 a su amigo, el gran heleenista, Guillaume Budé, definía a otro insigne humanista, Tomás Moro, como hombre «para todas las horas y para todos los hombres»², parece

¹ No olvidemos que Giraldi estuvo presente en todas las disputas literarias de su época, dejando ampliamente constancia de sus posturas ideológicas tanto en sus escritos como en su correspondencia.

² Carta citada en Á. SILVA, *Tomás Moro, un hombre para todas las horas*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 62.

que se anticipaba a la opinión que de Giambattista Giraldis Cinthio tenían sus contemporáneos³. De ahí que hayamos elegido para el título de nuestro estudio precisamente esta cita de Erasmo, «cum omnibus omnium horarum homo», en la medida en que Giraldis demostró ser un “hombre para todas las horas”, tanto las buenas como las malas, “para con todos”, ya fuesen éstos rivales y enemigos, ya amigos o parientes de su mayor obligación.

Walter Moretti, en su edición *L'uomo di corte*⁴, ponía en apéndice un recorrido de la vida de Giraldis desde sus años felices en la década de los 40 hasta la aciaga amargura de sus dos últimas décadas de vida, sobre todo la del duro exilio piamontés donde tuvo que recorrer varias ciudades, pasando por la cruelísima prueba de la acusación de plagio, tanto más cruel y dolorosa cuanto que no procedía de un extraño, sino de un discípulo querido y amado como a un hijo, al que había colmado siempre de beneficios.

Por nuestra parte, en lugar de centrarnos en las peripecias vitales de Giraldis, haremos hincapié en la sensibilidad de este hombre que – precisamente por haber experimentado en su propia carne el dolor tras padecer las consecuencias de la envidia, del olvido y de la enfermedad – estaba capacitado para comprender las penas ajenas. Todo ello lo rastreamos en su *Carteggio* para hacer surgir – a través de sus escritos epistolares – la personalidad, el temple y la hondura moral de un Giraldis que hace gala de un ánimo generoso. A partir de la información que nos proporcionan sus cartas, llegaremos a confirmar que Giraldis fue un hombre “para todas las horas”, que supo olvidarse de sí mismo para volcarse en el dolor ajeno. En este sentido podríamos parafrasear con un simple cambio de género el hermoso verso que Virgilio atribuye a Dido: «non ignarus mali miseris succurere disco».

El Carteggio

La correspondencia de Giraldis estaba destinada, si no a ser publicada, como en algún caso lo fue, sí a tener una amplia difusión, no

³ Tal efectivamente es la sensación que se desprende de todas sus actuaciones públicas y privadas, al tiempo que se pone ya de manifiesto a través de su correspondencia en el *Carteggio* que tan magníficamente y con escrupulosidad ha editado la insigne giraldista Susanna Villari. *Carteggio de Giovan Battista Giraldis Cinzio*, ed. de S. VILLARI, Messina, Sicania, 1996.

⁴ Cfr. W. MORETTI, *L'uomo di corte*, Módena, Mucchi Editore, 1989.

sólo en su ámbito de trabajo y su ciudad, Ferrara, sino también en algunos de los focos intelectuales activos que constituían algunas ciudades italianas de este tardo Renacimiento, como Florencia, Bolonia y Venecia. De todos es sabido que Giralaldi fue un hombre cuya vida privada estuvo íntimamente ligada a su vida pública, y así se refleja en su correspondencia. Desde el primer momento, Giralaldi estuvo presente en todos y cada uno de los debates culturales suscitados en su época. Al lado de comentarios literarios y críticos, se desliza algún apunte más personal o algún desahogo de una vivencia punzante. Sin duda, muy pocas horas le quedarían para dedicar a su numerosa familia y al disfrute de su hogar. Seguramente robaría al sueño lo necesario para cumplir con sus numerosas obligaciones, tal y como confiaría a Bernardo Tasso: «sono oppresso dalla cura di sei figliuoli e dai negozii publici ed occupato nello officio del leggere publico»⁵.

Los destinatarios de sus epístolas destacan por su relevancia en el mundo de las letras y en general en los ambientes humanistas. Entre ellos se encuentran los nombres intelectualmente más brillantes de sus contemporáneos y dan testimonio del prestigio que Giralaldi supo adquirir desde muy joven. En efecto, sus corresponsales constituyen el elenco más representativo de aquella época: desde un Pietro Bembo hasta el poeta Bernardo Tasso, padre del genial y desafortunado Torcuato, pasando por Gabriele Ariosoto, hermano menor del gran Ludovico, sin olvidar por supuesto a su maestro Celio Calcagnini y a sus confidentes y amigos, el erudito filólogo Pietro Vettori y el también escritor Francesco Bolognetti, entre otros.

De otro lado, consecuencia de su labor administrativa, también se conserva en la cancillería ducal parte de la correspondencia oficial de Giralaldi, que siguió – como era corriente en su época – lo que podemos llamar el “*cursus honorum*” habitual. Tras distinguirse en los puestos que ocupó en la universidad y en los debates públicos en los que tomó partido – a menudo de forma audaz y original – fue llamado a desempeñar cargos de confianza en la administración ducal, sin dejar por ello su labor académica. Aquí tuvo la suerte de encontrar una afinidad espiritual con el Duque Hércules II, que fue para él más que un soberano respetado, un protector y amigo «*cuius nomen semper mihi in ore versabitur dulcissimum*»⁶.

⁵ G. B. GIRALDI CINZIO, *Carteggio*, cit., pp. 275-276 (carta 74).

⁶ *Ivi*, p. 392 (carta 113). Así lo confiaría Giralaldi – ya en el destierro – a su amigo Pietro Vettori, años después del fallecimiento inesperado del Duque, en esta carta de julio de 1564, en donde deja libre curso a sus amarguras y desahogos, y al acer-

Clasificación de la correspondencia de Giraldi

Se puede desglosar el legado epistolar de Giraldi en tres grupos⁷. El primero de estos grupos consiste en lo que llamamos hoy en día “cartas abiertas”, escritas casi todas ellas en latín o en un “volgare” muy pulido. Como ya hemos apuntado, son las que se refieren a las grandes polémicas contemporáneas, a sus estudios, análisis y críticas diversas, así como también – por qué no – a ensalzar su propia obra. Entre las polémicas, destaca la querrela en torno a la conveniencia del uso del “volgare”, postura a la que Giraldi se adhiere con entusiasmo junto con Pietro Bembo, tal y como recuerda en su carta de agosto de 1553 a Pietro Vettori: «En cuanto a mí he optado hace tiempo por esta lengua que hoy en día vive y está pujante entre los italianos y que no tiene nada que envidiar en la expresión de su vigor y sentimientos ni a la griega, ni a la latina»⁸. También es notable la defensa a ultranza del *Orlando furioso* de Ariosto en el tan candente tema de la imitación de los antiguos, así como su carta en defensa de su tragedia *Didone*⁹, donde aprovecha para exponer su decidida postura desligada de Aristóteles, tanto en la dramaturgia como en la novelística.

En este grupo de cartas son de notar las que dirigió, muy joven todavía, a su maestro Celio Calcagnini, como la de julio de 1532 que fue su brillante primera intervención en un debate público sobre la polémica alrededor de la imitación de los antiguos. Tres años más tarde, en 1535, Giraldi recurre otra vez a su maestro para confiarle en otra larga carta en latín sus intenciones sobre las futuras vías de trabajo que quiere emprender. Empieza quejándose de las tretas de los envidiosos que lograron expulsarlo de su cargo de lector durante dos cursos lectivos. Seguidamente le anuncia su intención de abandonar defi-

bo dolor sufrido a consecuencia de las intrigas «inhumanaque ingrattissimi discipuli ἀχαριστοῦ με vehementer vexarunt». El discípulo, como todo el mundo sabe, era Giambattista Pigna, al que siempre Giraldi había tratado como a un hijo y en cuya educación se había volcado.

⁷ Para la clasificación de la correspondencia de Giraldi hemos seguido a grandes rasgos la división establecida por Susanna Villari en la Introducción de su edición del *Carteggio*.

⁸ Ofrecemos nuestra traducción del original en latín. Cfr. G. B. GIRALDI CINZIO, *Carteggio*, cit., p. 246 (carta 58): «Ego iamdiu optavi, Victori, linguam hanc, quae inter Italos hodie vivit ac viget, qua passim ad animi sensa verbis exprimentur, ea esse in existimatione, ut nec graecae, nec latinae invideret».

⁹ Obra teatral escrita por Giraldi a petición expresa del Duque, como también lo fue la carta en defensa de la misma.

nitivamente los estudios científicos y filosóficos para dedicarse a la senda literaria¹⁰.

Se incluye aquí también todo el intercambio epistolar con su gran amigo y confidente Bernardo Tasso. Entre este grupo, señalaremos la larga carta del 10 de octubre de 1567, que dirige desde Ferrara a Bernardo Tasso, en la que despliega un auténtico panorama de su trayectoria intelectual y vital. Las cartas que escribe a Tasso así como el intercambio de respuestas del propio Tasso – que Susanna Villari tiene el buen tino de ofrecer en su edición – son ciertamente interesantes y ofrecen apuntes del quehacer literario y el “modus operandi” de Giraldi, al tiempo que dejan aparecer aspectos de la delicadeza de espíritu y generosidad que despliega hacia su destinatario.

Todas estas cartas fueron publicadas en vida de Giraldi, ya por separado, ya como en el caso de las dirigidas a Bernardo Tasso, en fascículo monotemático con las correspondientes respuestas.

El segundo grupo lo constituyen las cartas publicadas como modelos de escritura en antologías en vida de Giraldi. El polígrafo y amigo Ludovico Dolce incluye seis cartas en su volumen de 1554 *Lettere di eccellentissimi uomini*, precedidas de un breve resumen del contenido de las mismas. Se trata de una prestigiosa antología epistolar dirigida al público culto para su estudio y propuesta como modelo de correspondencia. La selección de las seis cartas giraldianas de Ludovico Dolce cubre un espacio de tiempo de 20 años: entre 1534-1554. Además de probar el gran prestigio intelectual del que gozaba Giraldi, Dolce las propone como referentes de escritura epistolar para distintas situaciones familiares o sociales: cartas de pésame, de consolación, mediación y consejo¹¹. Giraldi era muy amigo de Dolce por lo tanto es probable que el propio Giraldi seleccionara estas cartas. En todas ellas se pone de manifiesto dos de las mayores preocupaciones giraldianas que en filigrana aparecen en casi todo su epistolario: las nociones de “onore” y “utile”, conceptos que vertebran tanto sus relaciones humanas como su obra literaria. También tienen especial interés por hacer hincapié en su independencia hacia el poder, quizás para desligarse de los que podían acusarle de excesiva condescendencia o cortesía hacia el Duque.

¹⁰ G. B. GIRALDI CINZIO, *Carteggio*, cit.: se trata de la carta 4, p. 91 y de la 9, p. 109.

¹¹ *Ivi*: se trata de las cartas 12, p. 116; 16, p. 132; 17, p. 135; 40, p. 210; 41, p. 213 y 63, p. 254.

La primera de las cartas incluidas en la antología de Dolce tiene una particular relevancia. Es la que Giraldi dirige al que fue su profesor en medicina en la Universidad de Ferrara, Giovanni Manardi. Contra lo acostumbrado, la carta no tiene fecha precisa y Susanna Villari la sitúa acertadamente en los años 30, cuando Giraldi todavía titubeaba sobre las vías que se abrían ante él. Es una “*excusatio non petita*” en donde se defiende de querer ser el historiógrafo del Duque, al tiempo que aprovecha para exponer su análisis de lo que debe ser un historiador: aquel que sabe desligarse del poder y permanecer lo suficientemente distante y lo suficientemente cercano como para poder ser imparcial: «Perché (per quanto io ho osservato) due sono i modi lodevoli di comporre l’istorie: l’uno stretto e raccolto, l’altro largo e diffuso»¹².

Además de ésta, Dolce incluye tres cartas de pésame, cuyo contenido varía según el destinatario: una dirigida al Cardenal Pisani para consolarlo de la pérdida de un joven sobrino (carta 63); y dos al hermano y a la jovencísima viuda de su alumno Luigi Trissino (cartas 40 y 41 respectivamente). Había dedicado a este mismo Luigi Trissino una carta de consejo (la 16) en la que le reprende por desobedecer a su padre al tomar esposa contra su parecer. Pero al mismo tiempo también le escribe una carta al padre de Trissino (la 17) abogando en defensa del hijo y su elección de esposa. Estas dos últimas ponen de manifiesto la exquisita delicadeza de Giraldi a la hora de mediar entre padres e hijos, y su profundo conocimiento de las razones que subyacen en el eterno y universal conflicto inter-generacional.

Más adelante, en 1561, Francesco Sansovino – el mismo que editó *El secretario*, otra antología de modelos de cartas – publicó las cartas que Giraldi dirigió a Bembo en un libro de homenaje póstumo a ese gran humanista, que reunía su correspondencia con personalidades literarias. Fue el propio hijo de Pietro Bembo quien facilitó a Sansovino las cartas de Giraldi para su publicación.

Por supuesto, Giraldi autorizó la publicación de la mayor parte de la correspondencia que se incluye en estos dos primeros grupos, tanto las siete cartas de su correspondencia con Bernardo Tasso, repletas de confidencias, de referencias personales y vivencias que se deslizan entre sus juicios y opiniones literarias, como las seis cartas de la antología de Dolce y las de Sansovino.

¹² *Ivi*, p. 117 (carta 12).

El tercer grupo está constituido por cartas de carácter más privado, algunas de ellas no publicadas, pero que se sabe circularon entre la comunidad intelectual y social del ducado, tal y como se desprende de los comentarios de sus contemporáneos. En este grupo se incluyen las de ámbito puramente familiar, cartas de recomendaciones para amigos, para él mismo y sus hijos, así como – en su último peregrinar existencial – las patéticas peticiones de exención de impuestos y las dirigidas al ingrato discípulo al que perdonó, en vísperas ya de su muerte.

Mención aparte merecen las cartas que Giraldi publicó de forma conjunta en 1543 con ocasión de la trágica muerte de su alumno Flaminio Ariosto, prometedor y joven actor asesinado la víspera de la representación de su obra *Altile*. Se trata de la carta de consuelo a Gabriele Ariosto, padre del infortunado joven, y otras a su discípulo Giulio Ponzoni, en las que deja sangrar su corazón con dramáticos lamentos.

También merece un tratamiento independiente la valiente carta de 7 de mayo de 1562, dirigida al obispo de Módena, Monseñor Foscherari, conocido por su apertura de mente y su tolerancia, con la clara intención de interceder en la causa del infortunado Ludovico Castelvetro; carta tanto más valiente cuanto que Giraldi ya había caído en desgracia en la corte de Ferrara. En dicha carta toma partido decidido y audaz – en plena Contrarreforma – a favor de Ludovico Castelvetro, sospechoso de herejía, comenzando con un rotundo “*Amo Ludovicum Castelvitrum*”¹³, tajante aseveración que lo posiciona de entrada y sin ambigüedad alguna en favor del desvalido acusado. En esta misma carta denuncia con vehemencia el uso y abuso de la tortura utilizada para obtener confesiones. Los acentos de su rechazo visceral a esa práctica no sólo corresponden a los de un humanista cristiano, sino también a los de alguien que la ha presenciado y la recuerda. Quizá el horrible suplicio público de Giovanni D’Artiganova¹⁴, atrocemente torturado, que tuvo lugar en los primeros años del siglo, quedara como terrible recuerdo en la memoria impresionable del entonces niño Giambattista Giraldi.

¹³ *Ivi*, p. 370 (carta 101).

¹⁴ La condena de Giovanni D’Artiganova se debió a su participación en una tentativa de conspiración en contra de Alfonso I, en la que también tomaron parte el hermano del Duque, Don Ferrante, así como su medio hermano, el infortunado Don Giulio, al que por despecho y envidia otro de sus hermanos, Hipólito, había hecho acuchillar los ojos.

Giraldi, víctima de la envidia

Si existe un rasgo que caracteriza la vida de Giambattista Giraldi Cinthio es sin lugar a dudas el haber sido víctima de la envidia, no sólo por su éxito profesional y su valía intelectual, sino también por su personalísima relación con el Duque de Ferrara. Bien es verdad que el ambiente de la corte proporcionaba un caldo de cultivo idóneo para personajes ambiciosos, que no dudaban en conspirar o en urdir maquinaciones e intrigas con objeto de alcanzar la confianza ducal. Y así, desde los primeros años de su vida pública, Giraldi padeció las consecuencias de la envidia y las intrigas insidiosas tan frecuentes en los ámbitos universitarios y cortesanos de todos los tiempos. La primera de estas consecuencias fue la de verse apartado de su puesto de lector de filosofía en la Universidad de Ferrara durante dos cursos académicos, ya en los comienzos de su andadura universitaria. Todo ello se puede rastrear perfectamente a lo largo de su correspondencia, en la que plasmará – unas veces con ingenuo asombro, otras con sentido dolor y siempre con profundo malestar y disgusto – las injusticias a las que se vio sometido por obra de quienes le envidiaban.

Ejemplo de ello lo encontramos en la carta, ya mencionada, a su maestro Calcagnini, de noviembre de 1535, en la que Giraldi dará rienda suelta a su dolor, dejando traslucir cierta ingenuidad al mostrarse incrédulo ante tanta inquina: «[...] la envidia de mis adversarios, mayor de la que creía pudiera ser»¹⁵. Es ésta la carta en la que se reafirma en su postura definitiva de abandonar sus estudios científicos para dedicarse de lleno a la actividad literaria, tal y como señalamos en su momento.

Y en otra carta a su amigo Galeazzo Estense Tassoni, de 1536, se asombra de nuevo ante la injusticia que le infligieron gratuitamente y por envidia al apartarlo de la universidad: «sin que hubiese ninguna culpa por mi parte, me infieren tan grave injuria»¹⁶.

Más adelante también en su carta del 20 de mayo de 1543, dirigida al propio Duque, después del éxito obtenido por la representación de su tragedia *Orbecche*, le descubre sin preámbulo esta herida siempre abierta:

¹⁵ Ofrecemos nuestra traducción del original en latín. Cfr. G. B. GIRALDI CINZIO, *Carteggio*, cit., p. 109 (carta 9): «[...] adversariorum meorum invidia, plus quam credi possit [...]».

¹⁶ Ofrecemos nuestra traducción del original en latín. Cfr. *ivi*, p. 131 (carta 15): «me tam gravi iniuria, praesertim nulla mea culpa constata».

Dura cose è, illustrissimo Signore, a scrittori di qualunque sorte fuggire a questi tempi i morsi della invidia, la quale, como nemico armato, sta sempre co' denti fuori per mordere e lacerare chi scrive¹⁷.

Su independencia respecto de Aristóteles y la nueva concepción de la tragedia de Giraldi también levantaron ampollas y una oleada de críticas reiteradas:

Ed ancora ch'Aristotile ci dia il modo di comporle, egli, oltre la sua natia oscuritade, la quale (come sapete) è somma, riman tanto oscuro e pieno di tante tenebre per non vi essere gli auttori de' quali egli adduce l'autoritati e gli essempli per confirmazione degli ordini e delle leggi ch'egli impone agli scrittori d'esse ch'affatica è intesa non dirò l'arte ch'egli insegna, ma la diffinitione ch'egli dà della tragedia. Ciascuna di queste cose [...] mi deves fare restare di por mano in cosa di tanta fatica e sì facile a dare materia ad altrui di biasimarmi. [...] [La tragedia *Orbecche*] si ponesse a rischio di dispiacere e di essere a membro a membro lacerata da' morsi degli invidi nel publico¹⁸.

Su miedo a ser pasto de las críticas envidiosas le lleva a preferir que su *Orbecche* no sea más representada y sólo por obediencia y amistad hacia el Duque aceptará que lo sea.

Estas intrigas y envidias lo perseguirán a lo largo de toda su vida culminando al desaparecer el que había sido su "fortissimo scudo", el Duque Hércules II, tras una muerte prematura e inesperada. Se produce entonces la expulsión de Giraldi de todos sus cargos oficiales en la administración ducal y en la universidad, instigada por su exalumno Giambattista Pigna, el joven lobo¹⁹, que lo suplantaría en todo, incluso en el discurso fúnebre oficial que Giraldi ya había elaborado para honrar a su Señor.

Giraldi, hombre de honor y diplomático de raza

En todos los escritos giraldianos surgen con reincidencia tres palabras que, ya abiertamente, ya de manera velada, demuestran ser el centro de sus preocupaciones y ocupaciones. Son las de "onore", "uti-

¹⁷ *Ivi*, p. 179 (carta 33).

¹⁸ *Ivi*, pp. 180-181 (carta 33).

¹⁹ Pigna proporcionará a Giraldi el personaje más logrado psicológicamente de su corpus dramático, el intrigante Acaristo de su tragedia *Euphimia*, modelo de ingrato por antonomasia.

le” y “onesto”. Efectivamente se trata de los tres conceptos que constituyen los cimientos de su ser más profundo y que condicionaron toda su conducta vital. Así, cuando reprende a un jovencísimo Luigi Trissino, apenas salido de la adolescencia, por no atender el consejo paterno en asunto tan delicado como el matrimonio, Giraldi recurre a los términos “onore” y “utile” como argumento supremo para convencer al encaprichado muchacho: «[...] che sono le due prime cose che si considerano in tutte le azioni umane, e spezialmente in questa»²⁰.

Vale la pena detenerse en estas dos cartas, la primera dirigida al joven Trissino y la segunda la que poco después – una vez el matrimonio formalizado – escribirá al padre del muchacho, Morando. Ambas cartas fueron seleccionadas por Ludovico Dolce en su antología de modelos de escritura. En la época de este intercambio epistolar, Giraldi tenía poco más de 30 años y Luigi Trissino unos 17. Le llevaba, pues, apenas 15 años a su joven y precoz alumno. Por esta misma razón, empieza maravillándose de que Luigi le pidiera consejo:

Mi è parga la più maravigliosa cosa del mondo ch’avendo voi padre e parenti prudentissimi e molto più giudiciosi, per la matura età e per la molta esperienza del mondo, che non son’io, lasciato il loro parere da parte, vi siate venuto a pigliar consiglio da me di cosa tanto importante, quanto è il prender moglie ²¹.

Antes de proceder a aconsejar al muchacho, Giraldi aprovecha para introducir, como acostumbra, una breve nota personal a modo ilustrativo haciendo observar que él mismo había contraído matrimonio con la aprobación de todos los suyos: «Onde mi sono giunto a donna tale, che me ne rimango contentissimo» (p. 134). Con sensatez le recuerda el fracaso de tantos matrimonios fruto de una excesiva precipitación y producto de caprichos juveniles que se revelaron pasajeros. En comparación con la prolijidad de la carta dirigida al padre del joven, ésta es más corta y contundente.

Por lo que respecta a la carta que dirige al padre de Luigi, Morando Trissino, Giraldi ya desarrolla lo que constituye uno de sus puntos fuertes de reflexión en las relaciones paterno-filiales: la importancia de no caer en el error tan frecuente de verse reproducido en los hijos, así como la necesidad de dejarles vivir libremente, aún a sabiendas de que incurrirán en errores, por cuanto éstos configurarán el bagaje exis-

²⁰ G. B. GIRALDI CINZIO, *Carteggio*, cit., p. 134 (carta 16).

²¹ *Ivi*, pp. 132-133 (carta 16).

tencial que les permitirá madurar: «se ben voi generaste un simile a voi, non generaste però un voi stesso»²². Con acierto, Giraldi hace observar que un exceso de autoridad puede acarrear funestas consecuencias, especialmente si se apoya en motivos fútiles –como era en este caso el hecho de que la muchacha elegida por el hijo fuese oriunda de Ferrara y no de Vicenza, como lo eran los Trissino –. En apoyo de la decisión de su joven alumno, alega las magníficas dotes intelectuales del muchacho y su precoz madurez, que le auguran un brillante futuro, así como la belleza y buena educación de su elegida, intercediendo hábilmente para obtener el perdón del viejo Trissino para ambos. Aquí también Giraldi introduce una observación que nos ilumina sobre un rasgo de su carácter que intentó corregir a lo largo de toda su vida: su primer pronto de indignación: «ché io so troppo bene che i primi empiti non sono in podestà degli uomini»²³. Para dar más fuerza a su argumentación, tampoco duda en hacer un ejercicio de imaginación y anticiparse a una hipotética situación paralela con sus propios hijos. Por aquellas fechas, sólo le habían nacido los dos mayores:

E se mi diceste ch'egli è facil cosa dar consiglio nelle cose altrui, e che, s'io fossi in tale stato, direi altrimenti, vi dico che così mi lasci Iddio avere intiera contentezza di due figliuoli ch'io ho, come io mai, per simile cagione, non vorrei essere la ruina loro; e mi terrei a maggior grazia che commettessero simili errori e pigliassero una donna tale e fossero per riuscire, come riuscirà il vostro figliuolo, che s'avessero moglie a mia scielta²⁴.

Y como no podía faltar en su correspondencia aquella mezcla sutil de alabanza y reprensión que todo diplomático de raza – y Giraldi lo era – destila en sus cartas para conseguir su propósito, el alegato final de su carta a Morando Trissino combina con maestría una sucesión de veladas exhortaciones y amonestaciones revestidas de súplica cortés y amistosa:

Però vi prego di nuovo ad accettar il buon volere di questo vostro gentil figliuolo [...], appigliandovi a quel consiglio che so che voi dareste a un altro in simile caso. Perché sarebbe troppo contra la pietà paterna e contra la vostra singolar prudenza, che così rifiutaste e sdegnaste vostro figliuolo, che fosse costretto a lasciar gli studi [...]. Ché [...] ve ne trovereste anco, in processo di tempo, sì mal contento, dato che

²² *Ivi*, p. 140 (carta 17).

²³ *Ivi*, p. 136 (carta 17).

²⁴ *Ivi*, p. 139 (carta 17).

avesse luogo l'ira alla ragione, che ne sentireste continovo dolore. Laonde, acciò che questo non avvenga, e siate voi ed il figliuolo e la nuora contenti, lasciate più tosto che 'l vostro saggio giudicio, che l'ira, vi regga e vi consigli²⁵.

Nadie podía sospechar por aquel entonces la muerte del prometedo Luigi muy pocos años después. Pero entretanto, en estas dos cartas, Girdaldi reproduce con ejemplar sagacidad la manida exhortación de San Pablo – hijos, obedeced a vuestros padres; padres, no exasperéis a vuestros hijos –, a través de un discurso muy cuidado en su formulación que pone de manifiesto sus dotes de hábil diplomático.

Girdaldi sensible al dolor ajeno

La muerte prematura del joven Luigi Trissino fue la ocasión para dos de las más bellas “cartas de consolación” salidas de la pluma de Girdaldi, dos epístolas que Dolce también incluye en su antología: las dirigidas al hermano mayor de Luigi, Gabriel Trissino, y a la jovencísima viuda, Casandra Minota. Con todo, estas dos cartas no están escritas en latín, a diferencia de otras más solemnes, como las que dirigió a Gabriele Ariosto por la dramática muerte del joven actor Flaminio, también alumno suyo, o a Ludovico Bonaciolo con motivo de la muerte de su hermano²⁶, entre otras.

Por supuesto, Girdaldi sigue las pautas de la retórica clásica, retomando los “topoi” de un Séneca o un San Jerónimo, a saber: que toda vida humana es una “paideia” del dolor; que el “homo viator” debe saber resignarse; o que en lugar de entristecerse por la pérdida de un ser querido, debe alegrarse por haber podido disfrutar de él. Con todo, Girdaldi los individualiza y personaliza de manera entrañable, recordando los momentos únicos vividos juntos. A la joven Casandra le aconseja con paternal cariño que abandone el llanto y su dolor para honrar al difunto marido que así lo hubiera querido y por el bien de su hijita pequeña:

Concedete questo [...] all'anima del vostro caro marito [...]; e per compiacerlo non meno in cielo, che faceste in terra, vogliate dar fine alle lagrime ed alle angoscie. Non negate, vi prego, questo alla cara vostra

²⁵ *Ivi*, p. 141 (carta 17).

²⁶ *Ivi*, p. 121 (carta 13).

figliuola, che [...] vi prega che siate contenta ch'ella in voi si consoli della perdita del padre²⁷.

Ahora bien, si esta carta a Casandra, tan larga y cargada de buenas intenciones y consejos, constituye una buena muestra de la preocupación de Giraldi por los problemas y el dolor ajeno, las expresiones giralidianas más desgarradoras explotan desde lo más profundo de su alma con motivo de la muerte por asesinato del casi niño Flaminio Ariosto en la carta en latín que escribe al desgraciado padre: su amigo, confidente y compañero, Gabriele Ariosto. En dicha carta²⁸, que cierra el opúsculo editado por Giraldi el 10 de noviembre de 1543 en homenaje al malogrado Flaminio, da rienda suelta al llanto por un hijo tan dotado de virtudes, con la simpatía y la empatía que nacen de la comunión de un padre con otro padre. Amargo es también el lamento que vierte en otra carta, no por breve menos sentida, dirigida a Giulio Ponzio Ponzoni (un condiscípulo de Flaminio²⁹), y nacida no tanto del deseo de consolar a su destinatario, cuanto de la necesidad de abrir su propio corazón entumecido por el dolor. La concluirá confesando que su congoja es tan grande que no puede seguir escribiendo:

[...] il nostro Flaminio, che per la sua virtù e per la sua gentilezza era degno non pure degli anni della matura età, ma della immortalità istessa [...]. Povero figliuolo! [...] Io mi sento così serrato il core dall'affanno che non mi posso estender più oltre³⁰.

Giraldi, padre y hombre de familia

Quizá el rasgo más entrañable que se desprende de la correspondencia privada de Giraldi sea la de su profunda ternura paternal. Si durante sus años jóvenes y de madurez sólo entremezcla breves apuntes que traducen su cariño y orgullo paterno, más tarde cuando el desfavor ducal lo golpea, sus cartas rebosan de preocupación material por sus hijos. En su carta de 18 de junio de 1561³¹, Giraldi pide ayuda a Alfonso II para que le acoja a él, y por consiguiente a su familia, bajo la protección ducal. Es de reseñar la enternecedora ingenuidad con la

²⁷ *Ivi*, pp. 217-8 (carta 41).

²⁸ *Ivi*, pp. 186-196 (carta 36).

²⁹ Tanto Flaminio como Giulio Ponzoni fueron alumnos de Giraldi.

³⁰ G. B. GIRALDI CINTZIO, *Carteggio*, cit., pp. 182-183 (carta 34).

³¹ *Ivi*, p. 369 (carta 100).

que menciona a sus hijos («quattro miei figliuoli ed una povera mia figliuola»), a los que ensalza apostillando «allevati nelle virtù» con la clara intención de inclinar favorablemente el ánimo de su Señor. Y es que en 1561 una tormenta había arruinado la cosecha con la que Giral-di esperaba poder mantener a la familia. Se deduce de ello que tanto estos cuatro hijos varones, como su hija Fulvia, la malmaridada, dependían económicamente de él. Situación muy de nuestros días en donde tantos padres tienen que recoger y ayudar a sus hijos.

Tenemos una carta suya particularmente conmovedora por la ingenuidad de su ardid. Es la que dirige a su protector, Antonio Maria Savoia, Conde de Collegno, el 24 de julio de 1563. Se trata de una carta de cortesía escrita sólo y para su postdata. So pretexto de enviarle al conde «alcune poche mie cosucce», se despide protocolariamente de él para a continuación exponer en el postdata la causa de su hijo mayor, Lucio Olimpio, lector de griego en la Universidad de Ferrara³² durante 10 años, pero ahora sin trabajo. La finalidad no es otra que la de rogar al conde que apoye a Lucio Olimpio en su deseo de obtener un puesto en la universidad de Mondoví ante el “reverendissimo Monsignore di Tolone”. Con esta misma finalidad le adjunta una carta dirigida al obispo y redactada por Giral-di en latín – carta que se ha perdido – con objeto de que el conde se la haga llegar, al tiempo que le descubre sin tapujos su penosa situación financiera para dar mayor peso a su petición de ayuda:

Prego Vostra Signoria che degni dargliele e favorire questa causa, sì per rispetto del figliuolo che si vada avanzando nelle letere, sì perché ho bisogno di qualche sollevamento per la grave famiglia che io mi ritrovo addosso³³.

Este Lucio Olimpio³⁴, primogénito de Giral-di, era el más cercano a él mismo por sus aptitudes intelectuales y por haber vivido más de cerca – al ser el mayor de sus hijos – tanto las horas buenas como las malas, y en particular la áspera contienda con Pigna, que supuso el inicio del desfavor paterno y, por ende, familiar. Es a su instigación que Giral-di escribe en tres días su “Discorso”, dedicado a Pietro Bat-

³² Los puestos en la universidad dependían directamente del soberano. Por consecuencia, el desfavor de Giral-di redundó también en detrimento de su hijo.

³³ G. B. GIRALDI CINZIO, *Carteggio*, cit., p. 379 (carta 105).

³⁴ Lucio Olimpio es el hijo mayor de Giral-di. Fue también poeta y lector de griego y latín en la Universidad de Ferrara mientras su padre estaba en activo en la misma universidad. Era el hijo con el que más afinidades tenía.

tista Lomellini, «intorno a quello che si conviene a giovane nobile e ben creato nel servire un gran principe»³⁵, compendio y legado de sus más de 30 años de experiencia vital en la corte ducal. Será también Lucio Olimpio el hijo que Giraldi elegirá como interlocutor en el diálogo ficticio que sustenta la carta-prólogo dirigida a un anónimo gran personaje de su obra inconclusa “Historia de sus tiempos”, que el ferrarés preparaba junto con el poema “Ercole”. Ambos escritos, destinados a la mayor gloria de los Este, quedaron inacabados. En realidad, este recurso dialógico constituye un magnífico pretexto para “sibi vindicare” – como aconsejaba Séneca –, o – parafraseando al Cardenal Newman – para convertirlo en una auténtica “apología pro vita sua”³⁶. Bajo el recurso retórico del diálogo, su hijo lo exhorta con filial cariño a acometer una nueva obra histórica, al tiempo que rechaza las objeciones que le presenta el padre: su edad avanzada, su cansancio y sus achaques físicos. Todo ello queda rebatido por Lucio Olimpio, que le recuerda que siempre se ha crecido en la adversidad. Con elegancia, puesto que no nombra a nadie, pero con suficiente claridad, alude a los aciagos momentos que le acarreó Pigna, dura etapa vital de Giraldi durante la cual, sin dejarse abatir, había preparado con alegría la boda de su hija. Y si bien es verdad que la edad no perdona – sigue argumentando Olimpio – su padre tiene, a pesar de sus achaques, una mente que sigue “acris et vivax”³⁷. A continuación, Olimpio hace un recorrido por las vivencias existenciales de Giraldi y muestra con filial orgullo cómo siempre fueron todas ellas coherentes y honradas, y cómo supo transmitir a sus hijos estas virtudes, calificando a su padre de “honestum tu quoque inter honestos”³⁸, siendo su propia vida ejemplo inigualable de honradez moral e intelectual.

Giraldi, siempre “cortese” y siempre humano

La excesiva emotividad de Giraldi – que tanto sufrimiento le causó – se pone de manifiesto en una constante que aflora en sus cartas, incluso cuando discute diversos puntos de literatura con sus numerosos

³⁵ Este “Discorso” es el que Walter Moretti editó bajo el título: *L'uomo di corte*, cit.

³⁶ Susanna Villari la califica acertadamente de “testamento spirituale”. G. B. GIRALDI CINZIO, *Carteggio*, cit., Appendice II, nota 1, p. 463.

³⁷ *Ivi*, p. 467.

³⁸ *Ivi*, pp. 463-469.

amigos: las referencias personales. En sus cartas a Bernardo Tasso y a Francesco Bolognetti, con los cuales se siente más íntimamente ligado, tanto por afinidad espiritual como por edad, se desahoga a menudo, ya sea en contra de Pigna – herida siempre abierta a pesar de los años transcurridos – ya para dejar traslucir su orgullo de clase, sin poder evitar cierto desaire hacia los que no pertenecen a ella, como hará en una carta dirigida a Tasso en 1555: «Ma così va chi a ingrato serve; ed è gran ventura che un vilmente nato nobilmente proceda»³⁹.

Los desahogos más íntimos los reserva a sus amigos con los que sabe que puede compartir no sólo anhelos literarios, sino los de su propio corazón, algo que ciertamente era de importancia capital para un hombre de una sensibilidad tan afectiva como Giraldi, sobre todo en la etapa de su “grave ed inferma vecchiezza”⁴⁰. Además de Bernardo Tasso y del humanista Pietro Vettori, será sobre todo el poeta Francesco Bolognetti el que reciba sus confidencias más íntimas. En una carta dirigida a este último le confía su angustia sobre un asunto más doloroso por tratarse de su única hija, Fulvia, y el de su desgraciado matrimonio:

[...] di molte cure, fra le quali mi è acerbissima questa della figliuola mia, per averla impiegata in messer Matteo, scoglio nel quale han fatto naufragio tutte le mie contentezze, per non curare costui né sé, né lla moglie, né utile, né onore, e consumare tutto il suo e non saper come, con poco onore e con continui miei travagli [...]⁴¹.

Giraldi se extiende en su discurso sobre la prodigalidad e inutilidad de su yerno, de tal forma que se ve obligado a excusarse por haberse explayado tanto con sus quejas: «onde me ne sto discontentissimo, non possendo avere questa piaga rimedio che la sani; ché non posso fare che non sfoghi con Vostra Signoria, come con un altro me, questo mio mortale affanno»⁴².

Agudos dolores físicos se añadieron a sus angustias familiares y

³⁹ *Ivi*, p. 273 (carta 74). Para Giraldi la vileza humana se presenta emparejada con un estrato social bajo, algo que se percibe también en sus personajes. Es el caso de Acaristo, al que calificará de “vil pagetto”.

⁴⁰ *Ivi*, p. 391 (carta 112). Carta dirigida al Duque Alfonso II para rogarle que interviniera en el interminable pleito que venía durando 14 años, ya a su favor ya en su contra, pero con el deseo de que concluyera el proceso, fuese cual fuese el resultado.

⁴¹ *Ivi*, p. 417 (carta 123).

⁴² *Ibidem*.

penurias económicas: la gota y la artritis lo atormentaron durante más de 20 años hasta el final de sus días. Giraldi mencionará sus dolencias, en más de una ocasión con sentido del humor, a lo largo de su epistolario, como en la carta de 14 de septiembre de 1556: «I medici gli han dato nome di gotta, ma io [...] non mi ha lasciato sino ad ora dare lor nome, e gli ho chiamati con l'universale, dolori»⁴³.

Pero sus cartas más dolorosamente emotivas son las de sus últimos años. Viudo, sin trabajo fijo por los avatares de la política educativa saboyana, que ceden al poder cada vez más creciente de los Jesuitas, con cinco hijos prácticamente a su cargo, la situación de Giraldi roza la penuria. Verdaderamente patéticas son sus cartas mendigando la exención de las tasas de viaje, peregrinando de ciudad en ciudad cuando había alcanzado ya la vejez, en esa etapa vital en la que sin duda se necesita más ternura, como comentaba Montaigne «or, la vieillesse a besoin de plus de tendresse». A pesar de ello, Giraldi no mostrará nunca signos de desfallecer en su fe en la Providencia Divina, ni en la capacidad de bondad del ser humano y, lo que es todavía más sorprendente en un hombre de su edad y achaques, su mente creadora sigue ideando nuevos retos, con un vigor y una pujanza propios de un hombre joven. Lo prueba al retomar, en su destierro, empresas que no había tenido tiempo de acabar por sus múltiples ocupaciones en Ferrara y al emprender, como hemos visto, otra nueva: escribir la “Historia de sus tiempos”; además, continúa y termina la redacción de las *Ecatommiti*, y se propone concluir su poema “Ercole” en honor de la Casa de Este. Con este último poema, Giraldi pretende obtener una justa revancha y sobre todo dar un mentis glorioso a Pigna. Deja constancia de ello en una carta de 1565, dirigida a Francesco Bolognetti, en la que – además de aludir de nuevo a sus dolencias – no olvida tener un recuerdo lleno de afectuosa gratitud hacia su Duque Hércules II.

Io penso di porre anch'io fine all'*Ercole* mio, per tanto tempo trallasciato (se non per altro, almeno in memoria dell'eccellentissimo Signore mio di felice memoria ed a confusione di chi tanto mi deveva e mi ha fatto il palese oltraggio, che ha manifestato a che rischio si pone chi si dà ad allogar gran beneficio in vile ed ingrato animo), se tanto mi potrò schermire da' dolori delle gotte, che mi affliggono il corpo, e dagli acuti

⁴³ *Ivi*, p. 294 (carta 80). Cfr. asimismo la carta 104, p. 377: «Ed io era molto fastidito, sì per ritrovarmi indisposto per la gotta, che ha indugiato per lo spazio di duo anni di darmi noia d'importanza per venirmi ora ad assalire fieramente in barca, sì per [...]».

stimoli delle cure che mi traffigono l'animo, che ritorni a porvi mano⁴⁴.

En este contexto, es de notar que cuando se dirige a Alfonso II, Giraldi conserva el mismo respeto protocolario que empleaba con el viejo duque. Sin duda un rasgo característico de su correspondencia es que nunca olvida aquello que preconiza al «joven caballero que quiere servir a un gran príncipe»: conservar sus “maniere cortese” y su “gentile ironia”. No olvidará hacer uso de ambas, ni siquiera cuando se queja del áspero clima piamontés y de la rudeza de sus gentes («Io mi vo comportando quanto meglio posso sotto questo cielo non molto amico alla natura ed all'età mia»⁴⁵), ni cuando se hacen casi insostenibles los dolores físicos de la gota y de la artritis que lo atormentaron durante más de 20 años, dolencias que despacha con velado sentido del humor: «Ma certi dolori che mi ha portati, non so se dir mi debba la mia mala ventura, o l'età, o le soverchie fatiche, mi han fatto sino ad ora inutile»⁴⁶.

Sin embargo, volviendo al tratamiento que otorga a Alfonso II, Giraldi nunca le llega a dedicar expresiones tan afectivas como las que utilizaba para dirigirse al padre de Alfonso, el Duque Hércules II. El afecto que le unía a este último se pone incluso de manifiesto en las cartas que le dirigió en latín, siempre más formales por su propia naturaleza. En ellas, Giraldi se despide de su Señor haciendo uso de posesivos afectivos que evidencian una expresiva complicidad: «Vale, decus meum, [...] tui Gyraldi [...]»⁴⁷.

Las “maniere cortese” de Giraldi se dejarán sentir incluso con Pigna, cuya actuación efectivamente envenenó la vida del ferrarés durante más de 20 años, pero al que sin embargo siempre trata de “figliolo”. Es de notar su generosidad al considerarlo como a un hijo pródigo hasta el punto de que Giraldi, ya viejo, enfermo y en el destierro, se desahoga con él de sus dolores con total confianza. Será también a Pigna a quien encargue – junto con su hijo Cinthio – que le resuelva unos asuntos pendientes en Ferrara en una carta fechada en 1571: «Cynthium filium meum ad te mitto, qui tecum, meo nomine, de iis aget quae imminent et ad te scribere adversa prohibet valetudo»⁴⁸. Es

⁴⁴ *Ivi*, p. 405 (carta 117).

⁴⁵ *Ivi*, p. 417 (carta 123).

⁴⁶ *Ivi*, p. 294 (carta 80).

⁴⁷ *Ivi*, p. 116 (carta 11).

⁴⁸ *Ivi*, p. 430 (carta 129).

significativa la cariñosa despedida de Giraldi en la que le recuerda cómo siempre lo considera como a un hijo: «qui te [...] in carissimi filii dilexit loco»⁴⁹.

Conclusiones

Esta correspondencia giraldiana que hemos rastreado cubre un espacio de tiempo de más de 30 años, pero asombra el vigor mental de Giraldi y su ímpetu de luchador que conserva a lo largo de toda su vida. Desde un juvenil y prometedor Cinthio, conocedor ya de la envidia que suscitaba, pero lleno de un justo sentimiento de su valía, que se entrega con entusiasta generosidad en todos los debates culturales del momento, hasta un Giraldi disminuido y apaleado – tanto por sus dolores físicos como por la edad y los embistes de la fortuna – pero con una mente siempre joven, “acris et vivax”, dispuesto a acometer y a llevar a término nuevas empresas.

En su epistolario se nos muestra exquisitamente atento a las necesidades ajenas, quedando postergados sus propios deseos y aspiraciones, y haciendo abstracción de sus preocupaciones angustiosas para acercarse a las de los demás. Lo hará desde las situaciones más nimias, como cuando minimiza sus propias obras para explayarse en los méritos ajenos (por ejemplo en las cartas a Bernardo Tasso y a Bolognetti), hasta en las más duras de la vida, como es la muerte y el dolor ante la pérdida de un ser querido.

Su empatía se refleja a lo largo de todo el epistolario. De hecho, este saber poner las situaciones ajenas por pasiva, podríamos decir, es una constante en todas sus actuaciones y es también lo que le hace tomar partido sistemáticamente por los que considera más desprotegidos: los hijos frente a la autoridad despótica de algunos padres; las mujeres en una sociedad eminentemente masculina y jerarquizada; los perseguidos por cualquier causa.

Con todo, también esta misma correspondencia giraldiana nos ha permitido constatar la angustia de los últimos años de Giraldi, que quedan perfectamente sintetizados en la amarga y dolorida reflexión que su hijo Celso, el único de los seis que le sobrevivió varios años, publicó en el prólogo a la edición completa de las tragedias de su pa-

⁴⁹ *Ibidem*.

dre, una edició que havia preparat amb filial carifio: «ebbe anco una vita tragica, tutta d'angoscie ed acerbità ripiena e colma»⁵⁰.

Para concluir y rescatando la frase que habíamos elegido para dar título a nuestro estudio, el análisis del *Carteggio* corrobora la calificación de Giraldi recogida en aquella frase erasmiana pensada en principio para Tomás Moro: «un hombre para con todos los hombres y un hombre para todas las horas». De hecho, salvando las distancias y guardando todas las proporciones, no cabe duda de que existe cierto paralelismo entre ambas figuras. Uno y otro fueron llamados por su prestigio intelectual a ejercer altos cargos diplomáticos del Estado, ambos sufrieron desgracias y desengaños (mucho más dramático en el caso de Tomás Moro porque perdió la vida por su fidelidad a sus principios morales) y ambos fueron recordados por sus contemporáneos por su bondad e integridad.

IRENE ROMERA PINTOR
(Universitat de València)

⁵⁰ Dedicatoria a las tragedias, 1583.

CRITICA LETTERARIA

159-160

IRENE ROMERA PINTOR

*Giraldi Cinthio en su Carteggio:
'Cum omnibus omnium horarum homo'*



LOFFREDO EDITORE - NAPOLI

www.criticaletteraria.net

ANNO XLI

FASC. II-III

Nn. 159-160/2013

Comitato direttivo-scientifico: Guido Baldassarri (Padova) / Giorgio Bàrberi Squarotti (Torino) / Andrea Battistini (Bologna) / Massimo Danzi (Ginevra, Svizzera) / Arnaldo Di Benedetto (Torino) / Nicola De Blasi (Napoli) / Valeria Giannantonio (Chieti) / Antonio Lucio Giannone (Lecce) / Pietro Gibellini (Venezia) / Raffaele Giglio (Napoli) / Margareth Hagen (Bergen, Norvegia) / Massimo Lollini (Oregon, Stati Uniti d'America) / Gianni Oliva (Chieti) / Matteo Palumbo (Napoli) / Francesco Tateo (Bari) / Tobia R. Toscano (Napoli) / Donato Valli (Lecce).

Direzione e redazione: Prof. Raffaele Giglio - 80013 Casalnuovo di Napoli, via Benevento 117 - Tel. 081.842.16.93; e-mail: direzione@criticaletteraria.net; giglio@unina.it

Segreteria di redazione: Daniela De Liso (deliso.redazione@criticaletteraria.net), Noemi Corcione (corcione.redazione@criticaletteraria.net)

Amministrazione: Loffredo Editore s.r.l. - 80129 Napoli - Via Kerbaker, 19/21
Tel. 081.578.15.21; 081.250.84.66 - Fax 081.578.53.13

Abbonamento annuo (4 fascicoli): Italia € 60,00 - Estero € 80,00 - Un fasc. Italia € 16,00, Estero € 22,00. Versamenti sul c.c.p. N. 221804 indirizzati alla Casa Editrice.

Direttore responsabile: Raffaele Giglio.

La pubblicazione di qualsiasi scritto avviene dopo doppia valutazione anonima.

Autorizzazione del Tribunale di Napoli n. 2398 del 30-3-1973.

Registro degli Operatori di Comunicazione (ROC) n. 6039 del 10-12-2001.

Impaginazione e stampa: Grafica Elettronica s.r.l. - Napoli

Questo fascicolo è stato stampato nel mese di aprile 2013

La Loffredo Editore Napoli s.r.l. è azienda certificata del sistema di qualità aziendale in conformità ai canoni delle norme UNI EN ISO 9001.
